

Guía musical del Perú

Por Carlos Raygada

(Conclusión)

MARAÑÓN ESPAÑOL, La música en el — “Siendo la verdad una parte tan esencial de la Historia, en esta materia del establecimiento de la música en las misiones es preciso confesar que no se puede disculpar enteramente el descuido de algún misionero, así en introducirla como en llevarla adelante, tanto por lo respectivo á los instrumentos, cuanto por lo que pertenece al canto. Pero tampoco se debe pasar por la censura de algunos que, sin haber pisado los umbrales de la misión, y lo que es más, sin tener á lo que parece noticias de lo que se ha practicado en ella sobre el asunto, se han desahogado en expresiones de poco aprecio contra los misioneros, tomándose la licencia de atribuir el poco adelantamiento de la música en la misión á la vida holgazana y afrentosa ociosidad de los padres. Una y otra cosa se conocerá claramente de lo que diremos en este capítulo, en que daremos una noticia real y verdadera de lo que sucedió en esta materia, y se verá claramente que ni son enteramente disculpables algunos misioneros que descuidaron de la música por motivos á su parecer honestos, ni dejaron otros de introducirla, promoverla y adelantarla con singular empeño.

“La razón de la disculpa de algunos misioneros se fundaba en tres causas: 1ª, la imposibilidad moral que alegaban de introducir la policía de la música en los genios bárbaros de aquellas gentes que les habían tocado en suerte, porque su rusticidad cerraba la puerta á todas estas civilidades y pulideces, y no era poco sacar de ellas el que aprendiesen el catecismo, cuyo estudio era más necesario y aun indispensable. Y en buena razón se debía preferir lo necesario á lo que solamente sería útil á los pueblos, cuyos indios, por su mucha cortedad, no podían abarcar las dos cosas; 2ª, la distancia y desvío de los países de las ciudades de españoles, por lo cual se hacía mucho más difícil que en otras misiones introducir quienes enseñasen á cantar ó á tocar instrumentos á los indios; 3ª, las precisas ocupaciones de más importancia que debían llevar la atención de un misionero, sin divertirse á estos establecimientos, que, aunque loables, no eran ciertamente necesarios para lo substancial de un misionero.

Y esta razón la tenían, por tanto, más fuerte cuanto era cierto y evidente que lo que sería pura diversión entre gente menos rústica ó más despejada, debía ser estudio muy tirado y de mucho tiempo con los indios del Marañón. Aunque no parecen mal fundadas las referidas razones, pero las pruebas más fuertes y convincentes contra la fuerza de ellas, y con una plena disculpa, son las pruebas de hecho de otros misioneros, de los cuales propondremos algunas.

“El P. Bernardo Zurmillén, siendo misionero del pueblo de la Laguna, habilitó á ocho ó diez muchachos para cantar Misas de cantos tan armoniosos u bien ordenados, que á juicio de algunos padres acostumbrados á oír en Europa Misas de buenos conciertos, no tenían en qué ceder á los más armoniosos y arreglados de una capilla de música completa. Mantuvo aquel misionero la música mientras lo fué de aquel pueblo y la fomentó siendo superior de las misiones. Faltando los cantores después de su muerte, los misioneros que le sucedieron ó no supieron sustituir otros cantores ó dejándose llevar del modo de pensar arriba insinuado, descuidaron mucho tan loable práctica. Sin embargo de esto, en el tiempo del arresto de los misioneros se conservaban en la Laguna cantores que, á tres voces, entonaban con armonía, orden y buen gusto todo lo tocante á una Misa bien arreglada, señalándose entre todos un primoroso contrapunto por su elevación y dulzura, que seguían dos tiples de niños muy agradables, á quienes daban mayor gracia tenor y bajo de cuatro indios bien acordes. Estos mismos cantaban con suavidad, dulzura y consonancia la Salve y Letanía, según el método del P. Zurmillén.

“En la reducción de Santo Tomás de Andoas, había todavía vestigios y reliquias de la celosa industria del P. Wenceslao Brayer, que enseñó á cantar la Misa á media docena de niños, hizo aprender á tocar el arpa en Quito á un mozo Andoa, costeándole todo lo necesario desde la misión, enseñó por sí mismo á tocar el violín, en que era eminente, á varios indiecitos y de esta manera, mantuvo un coro muy lucido durante su residencia en aquel pueblo, que tuvo la desgracia de otros, porque aflojando los sucesores en este cuidado, se fué casi olvidando la práctica, que había costado tanta aplicación y trabajo.

“En el pueblo de los Yurimaguas, se introdujo desde Lamas el canto en que son singulares los mestizos de esta ciudad, así por el metal celebrado de sus voces, como por la aplicación y afición á cantar, que sin entender de notas, aprenden al oído cuanto quieren. Algunos misioneros hicieron pasar desde Lamas, varios de los más diestros en cantar la Misa, y entregándoles algunos niños para la enseñanza, lograron en varios tiempos cantores bien hábiles. En los últimos años, hacía de maestro de música un indio, capitán de los Azuares, que enseñado a leer y escribir por el P. Alvelda, tomó a su cargo, imponer en el canto á varios niños, que salieron insignes en el arte y hubiera adelantado mucho más la música en el pueblo, si el último misionero, Leonardo Deubler, operario de mucha autoridad y de casi cuarenta años de ministerio, no hubiese sido de

parecer que no convenía molestar á los niños, como él decía, por estos accidentes.

“En la reducción de los Xeveros, introdujo el P. Francisco Xavier Zefiris, un coro de clarines, cornetines y flautas, y enseñó á 12 muchachos escogidos y de buenas voces, á cantar la Misa á dos coros, y repartiéndolos los instrumentos por uno y otro, logró que se estableciese una Misa cantada, aplaudida y celebrada de cuantos la oían, por no esperada y por el singular acompañamiento y nueva armonía, pero solemne y devota y agradable. La aplicación y genio curioso de este misionero, logró también extender por toda la misión, una obra devota y llena de afectos de piedad, que compuso en diversos metros en lengua del inga. La obra era singular en su idea, cabal en su línea y de un estilo natural y expresivo. En varios metros acomodados á la materia, explicaba la confesión con sus partes, la disposición para comulgar, los afectos para la acción de gracias; en otras poesías declaraba los novísimos, muerte, juicio, infierno y gloria. Eran sobremanera devotas las del Santísimo Sacramento, las de la Pasión del Señor, las de la devoción a María Santísima y las de las penas del purgatorio. De esta manera con la dulzura del metro, y con la armonía del canto, se aprendían insensiblemente las verdades esenciales de nuestra santa fé y se promovían las devociones más propias de ella. En el pueblo de los Xeveros, se cantaban todas en sus diversos tonos, al cabo de una semana, proporcionando los instrumentos y distribuyéndolos por los días de la semana. En el domingo, se cantaban las poesías de la gloria; lunes, las del purgatorio; martes y miércoles, las de los novísimos; jueves, las del Sacramento; viernes, las de la Pasión y el sábado, las de la Virgen Santísima.

“Parecióle al superior de las misiones, que lo eran entonces el P. Carlos Brentano, trasladar al P. Zefiris a la reducción de San Regis para que introdujese en los Yameos el uso de la música y del canto que había introducido en los Xeveros. Logróse el fin que se pretendía, porque llevando el padre consigo cuatro indiecitos de los suyos, dos tañidores y dos cantores enseñó con ellos á los Yameitos de San Regis, los cuales entraron prontamente en el manejo de los instrumentos y aún con mayor facilidad en el canto, á que tiene singular disposición la juventud de esta nación cuyas voces son generalmente buenas y algunas de metal muy sobresaliente. Ideaba ya el mismo P. Zafiris comunicar á otros del mismo beneficio, y el superior le animaba á la ejecución, cuando al año y medio los dos que fueron mandados salir á la provincia, el superior para secretario del provincial y el P. Zefiris para rector y maestro de novicios. El nuevo superior de la misión no entendía de estos establecimientos de música que tenía por excusada, y el misionero que sucedió en San Regis, recientemente llegado de Quito, de natural tímido y de genio abstraído de las gentes, se negó á la comunicación franca con los indios y no pensó más que en atender á las precisas y substanciales distribuciones de su ministerio. Sin embargo de esto, volvieron otros sucesores á tomar con

empeño la idea del P. Zefiris, y por su aplicación volvió después de algunos años á revivir la música, que se comunicó á los pueblos de San Joaquín de Omaguas, de Napeanos, y a otras varias reducciones que mantuvieron singularmente las canciones de lengua inga por todos los días de la semana.

“En San Joaquín de Omaguas empezó a florecer la música desde los años de 1723, en que tomó mejor forma el pueblo con la mudanza que de él se hizo al sitio donde existía el año del arresto. Su primer misionero el P. Zurmillén, empezó desde luego á enseñar á algunos jóvenes la célebre Misa cantada, que había establecido en el pueblo de la Laguna, y tuvo la fortuna de que sus sucesores no se descuidasen en los años siguientes de llevar adelante tan lindo establecimiento para atraer á las gentes. Baste para prueba, que los Yamecs, poco antes pacificados por los contornos del pueblo, salían á bandadas de sus bosques, por sólo oír cantar á los chicos Omaguas en la iglesia, y después de fundados sus pueblos, repetían viajes á San Joaquín, así hombres como mujeres, por el gusto que hallaban en el canto. Hubo también un indio Omagua á quien los misioneros hicieron aprender en Quito á tocar el arpa, que con un rabelista enseñado por el P. Brayer acompañaba el canto con gracia, realce y consonancia.

“Pero una peste de sarampión, que por los años de 1749 hizo grande estrago en este pueblo, reduciéndole á la mitad de la gente, acabó con los mejores cantores y con los que sabían tocar varios instrumentos. Sólo quedaron vivos tres que mantenían el estilo de la Misa cantada, y un violonista que, aunque tocaba con aire y con destreza, no servía de mucho para la Misa, á cuyo canto no se acomodaba bien la calidad del instrumento, y sólo se servía de él para que acompañase en el canto de las coplas de la lengua inga. Era misionero del pueblo de San Joaquín, en el tiempo de tanto estrago, el P. Martín Iriarte que como aficionado a la música, inteligente en ella y como quien conocía bien por la mucha práctica cuánto conducía su uso para atraer á los gentiles y para confirmar á los recién sacados del monte, tuvo mucho sentimiento por la falta de sus cantores y tañedores de instrumentos. No pudo remediar el daño tan presto como quisiera, porque en la ausencia que habían hecho los indios de algunos pocos meses, á causa de la peste, habían quedado las casas casi del todo arruinadas, y les fué preciso aplicarse á formar de nuevo el pueblo, como lo hizo, tirando las casas á cordel, y sacándole con tan buen aire y tan buena planta, que mereció los aplausos, y aun se llevaba la admiración de los que le vieron. Había también el viento derribado la iglesia antigua bien ordinaria y algo estrecha, y logró en esta misma ocasión hacer de tapias otra lucida y hermosa, que era sin competencia la mejor de toda la misión de Mainas.

“La nueva iglesia pedía nuevos cantores y desembarazado el padre de tantas tareas, tomó con singular empeño la ocupación de imponer en la música á algunos jóvenes. La aplicación fué continua por más de dos años, en que con la ayuda de un mocito español de la ciudad de Lamas

